

y aún se augura que García también será relevado muy pronto.

Adiós, etc., etc.

*M(anuel) M(aría) G(iménez).*

## LX

EL GENERAL ANTONIO LOPEZ DE SANTA ANNA, A LOS MEXICANOS.

Prueba el Cielo de tiempo en tiempo á las naciones para enseñarles á caminar por los senderos de la razón y despertar en ellas los nobles sentimientos de la justicia y del deber.

La ciudad de Numa recorrió toda la escala de la humana grandeza, mientras su norte fué el derecho; la virtud, su consejera; la unión, escudo y fortaleza de sus hijos; pero más tarde, puestos en olvido aquellos principios salvadores, convirtiéndose esclava la Señora del Universo, y tuvo que aprender la lengua de los Atilas y Alaricos, para ejecutar las órdenes de sus señores. Tal es el destino de los pueblos que abusan de los dones y ventajas con que los favoreció la Providencia; y llenas están las historias, de estos grandes y dolorosos ejemplos.

Tristes destinos han cabido á nuestra amada tierra; á las alegres fiestas de la libertad, ha sucedido el silencio de la tiranía, la desesperación de los ciudadanos. Las palabras más enérgicas y más ex-

presivas carecen de vigor y de sentido para pintar la desolación de nuestros campos, el luto de nuestras ciudades. Mas no desesperemos; México encierra poderosos elementos para triunfar del mal y hasta para borrar sus pasadas huellas. La heroica resistencia de los patriotas afirma esta esperanza; y no debemos olvidar que «un pueblo que lucha por su libertad é independencia, es invencible.»

Al tender la vista por las llanuras ensangrentadas de la tierra mexicana, es consolador pensar que todas nuestras desgracias han sido útiles para el presente y fecundas para el porvenir.

Esas desgracias han desenvuelto y fortificado el sentimiento nacional; y en medio de los escombros de la patria, hemos comenzado á levantar una patria nueva, una patria moral, inspirados por la confraternidad del infortunio.

Los mexicanos existían, pero no la Nación; todos nuestros rencores domésticos se han convertido en un solo grito de furor contra los invasores del sagrado suelo que nos legaron nuestros padres. Sí; la Nación existe en el corazón de los mexicanos; y grandes enseñanzas hemos cosechado en el campo de las decepciones y del escarmiento, que dictará la norma de nuestra conducta venidera.

Viniendo por caminos diferentes, nos encontramos hoy en un mismo punto, fatigados, pero no rendidos del perenne batallar. Abracémonos en este momento supremo de nuestra existencia; trabajemos de concierto en la causa común, como en los gloriosos días en que hicimos pedazos las ca-

denas de la conquista; levántese la Nación, como un solo hombre, y el cetro y la corona de Maximiliano rodarán á sepultarse en el fondo de nuestros mares.

Nuestras riquezas y nuestras dichas de otros tiempos fueron causa de que nuestras virtudes cívicas, minadas por el lujo y la molicie, fuesen desapareciendo día tras día; pero la adversidad y la pobreza comienzan á devolver á la Nación aquellas virtudes, fuerza y gloria de los pueblos. Aprendamos en la gran escuela de la desgracia á dar todo su valor á los preciosos bienes de la libertad y de la paz: sea cada mexicano un soldado de la República, y después de la victoria, en el silencio de las armas, será un buen ciudadano, tan apto para defender las conquistas del patriotismo, como interesado en conservarlas.

A pesar mío, y por más que yo repugne á mi carácter, debo hacer el sacrificio de hablar de mi persona.

Nunca, ni siquiera por un momento, he dejado de ser mexicano, *cualesquiera que hayan sido en diversas épocas mis opiniones* acerca del sistema del gobierno adaptable á mi país. Ni pudiera con justicia acusárseme de veleidad ni de egoísmo, que siempre fué la dicha de la patria el móvil de mis acciones.

La Providencia ha querido que mi historia sea la Historia de México desde 1821, en que figuré como uno de los caudillos de la independencia; y

que esa tierra heroica inscribiese su nombre con mi ayuda en el mapa de las naciones.

Yo, el primero, proclamé allí la República, el 2 de diciembre de 1822, anunciando, como el Apóstol al Areópago, una divinidad desconocida; y éralo tanto, en efecto, y tan poco preparadas estaban las gentes para comprenderla y adorarla de una manera digna, que varias veces me asaltó la duda de haber acertado en mi obra.

Según el plan que organizó por primera vez la nacionalidad mexicana, se había llevado á efecto la independencia, asociada á la idea de una monarquía constitucional. Este pensamiento era entonces fiel expresión de un anhelo muy general en México, de una aspiración que no estaba divorciada de la honradez.

También en las demás secciones de la América española se había dado el grito de independencia, protestando contra el intruso Gobierno de Napoleón I y jurando fidelidad á Fernando VII, hijo del monarca destronado.

Sabido es que la mala política del Soberano cambió aquel voto en el de emancipación absoluta, y que el genio de caudillos como Bolívar y San Martín, hizo lo demás.

Muchos americanos distinguidos y patriotas pensaron en la monarquía al organizar los nuevos gobiernos; y algunos de los ministros enviados á Europa llevaron instrucciones para negociar en este sentido. Prevaleció, sin embargo, la idea de la República, y la América española quedó dividida y

organizada con esta forma; y tricolor fué la bandera que cubrió en cien combates á sus indómitas legiones.

No es este el lugar á propósito ni oportuno para tratar de la intervención armada europea, ni me toca hablar ahora de esa combinación diplomática, ni mucho menos escribir su historia.

Y con todo, es preciso decir que la intervención *tripartita*, como se nos presentaba en tesis, fué harto distinta de la manera como se ha entendido y practicado por una sola de las tres partes contratantes.

La intervención de tres naciones, cada cual poderosa de por sí, para llevar á cabo una resolución definitiva con respecto á México, no podía considerarse como una combinación usurpadora de nuestros derechos, puesto que su cooperación se veía generalmente como un elemento neutral y como un medio para que los mexicanos, poniendo á un lado las exageraciones del partido, pudiesen discutir, razonar y llegar á entenderse en cuanto á la manera más adecuada y conveniente de constituirse para sostener su nacionalidad, independencia y autonomía.

Mas habiendo fracasado el plan primitivo de la intervención, por haber tomado Francia por sí sola la iniciativa del asunto, cambiaron totalmente de aspecto los medios de avenimiento que se habían excogitado; y de mediador que aparecía, convirtióse el extranjero, para nosotros, en árbitro de nuestros destinos.

Preciso era trasladarse á todo trance al teatro de los acontecimientos para investigar el proceder y las tentativas de los nuevos interventores. Inspirado por esta convicción, y siguiendo las indicaciones de antiguos amigos míos, resolví pasar á Veracruz, como lo verifiqué en efecto.

Lo que sucedió á mi arribo es conocido de todos: el General Bazaine me lanzó fuera del territorio, y hube de reembarcarme á poco de mi llegada.

No estoy resentido: estoy más bien contento del ultraje, porque á él debo no haber contraído compromisos, que tal vez las circunstancias me hubieran impuesto, y haber abierto los ojos con respecto á las intenciones de la intervención.

Retirado de México desde 1855, otros actores se encargaron de representar y dirigir la opinión pública, libres totalmente de mis influencias. Fueron otros los conductores de la invasión aliada; fueron otros los que negociaron con el Archiduque; otros los que le llevaron á la Capital.

¡Dicen mis antagonistas que yo iba en busca de una elevada posición al lado del Archiduque! Yo iba á velar por las garantías y libertades de mis compatriotas; á no separarme de los intereses positivos del pueblo.

¿A qué mayor gloria pudiera yo aspirar? ¿Qué más hubiera podido darme el nombrado Emperador? Ábrase la Historia mexicana y se verá que todas mis ambiciones están satisfechas.

Nada vale más á mis ojos que la banda de General de División y el título de *Benemérito de la Patria*

con que la gratitud del pueblo premió, en 1829, á orillas del Pánuco, mis patrióticos esfuerzos para afianzar, como lo hice, la independencia nacional: ningún otro título es para mí de mayor estimación, que las cicatrices de que estoy cubierto, recuerdo de gloriosas lides contra naciones poderosas.

No tengo, pues, compromiso alguno con el Imperio; pertenezco todo á la República; y en presencia del peligro de la patria desaparecen de mi vista todas las denominaciones de los partidos. No soy conservador, no soy liberal: soy mexicano.

Tócame ahora poner de relieve la conducta que he seguido durante mi última administración, y la que fuera, del poder, he guardado posteriormente.

En febrero de 1853, viviendo yo en un pueblo de la Nueva Granada, fuí llamado por mis compatriotas á ejercer el poder discrecional, medida que se creyó salvadora en medio de los conflictos de la Nación, dividida por los rencores y señoreada por la anarquía. Yo no debía titubear: el deber, el patriotismo dictaron mi resolución; volé al llamamiento de mis conciudadanos, y en abril del citado año me encargué de la dirección suprema de los negocios.

Tremendo es el poder de la dictadura; pero yo lo acepté con la conciencia de hacer el bien y con la seguridad de usar con prudencia de aquella formidable facultad. Yo sentía en mi corazón bastante patriotismo, para no ir más allá del querer de mis conciudadanos; bastante amor á la gloria, para no hacerme indigno de sus favores; profundo

respeto á la posteridad, para no desmerecer su aplauso.

Fuerte con estas convicciones, emprendí la lucha contra los obstáculos que el genio de la discordia amontonaba en el camino de la paz, del orden y del progreso de la Nación.

Dos años y cuatro meses dediqué á esta tarea con vigorosa energía y resolución incontrastable. Renació por todas partes la confianza, floreció el comercio, despertaron las artes, y el crédito interior y exterior de la República se restableció, como por encanto. Tengo la aprobación de mi conciencia: ella me dice que cumplí con mi deber.

Apoyado por la Nación entera; acogidos con respeto los actos de mi administración; sostenido por un brillante ejército brioso, disciplinado y *adicto á mi persona*; y cuando pueblo y ejército habían librado sus destinos en mis manos, ¿qué mejor ocasión para revivir en mi provecho el *Plan de Iguala*? Mas, digan lo que quieran mis adversarios, yo no conozco la ambición de las almas vulgares; sentimientos más altos abrigan mi alma; aspiraciones más levantadas. Para ceñirme la corona imperial hubiérame bastado alargar la mano; pero jamás la púrpura de los reyes ha deslumbrado mis ojos, y si alguna vez hubiera soñado con ella, la imagen ensangrentada de Iturbide me habría despertado á tiempo, para huir del seductor y pérfido halago.

Los comandantes generales y gobernadores de los Departamentos sólo aguardaban mi beneplácito para proclamarme Emperador, el día de mi na-

talicio; mas, fiel á mis principios, hube de emplear hasta la amenaza para destruir el propósito de los que creían honra para mi persona y dicha para la Nación, ceñirme una diadema.

En medio de las diversas convulsiones intestinas, ofuscados los ánimos por las extremas exageraciones de partido, y desesperando de la posibilidad de constituirnos de una manera estable bajo el sistema republicano, no faltaron personas que me inculpasen ante la espectación pública como el iniciador ó la causa del giro que se le dió al *Plan de Iguala* después de frustrada la tentativa de Iturbide.

Pocos años después, así en México como en otras secciones de la América española, comenzó á cundir el desaliento, al ver los tristes resultados que había producido el ensayo de nuevas instituciones; y muchos hombres de buena voluntad y de severos principios se hallaban de tal manera desengañados, que los Generales Bustamante, Bravo y Paredes, entre nosotros, y el ilustre San Martín, en la América del Sur, creyeron deber patriótico abogar por el establecimiento de la monarquía.

Ya en otras ocasiones se había intentado en nuestro país convocar un Congreso Constituyente, para someter á su decisión aquella medida retrospectiva. Deseaban muchas personas de valía, en mi última administración, resucitar la misma idea; y he aquí por qué se autorizó al Sr. Gutiérrez de Estrada, antes de iniciarla, para que se entendiese al efecto con varias cortes europeas, é inquiriese

cuál era el pensamiento de los soberanos acerca del asunto. Pero la guerra que por aquel tiempo absorbía la atención de Europa, fué causa de que la misión indicada no tuviese resultado alguno, con cuyo motivo se abandonó por entonces tal proyecto.

De todo lo expuesto se deduce que el documento que se ha presentado como abrumador y concluyente, es, por el contrario, para mí, título de satisfacción, como rasgo de desinterés y desprendimiento.

Como para dar mayor fuerza en mi daño á la publicación mencionada, se han impreso también, con algunas alteraciones, cartas que iban confiadas á la discreción de la amistad.

No entraré á calificar semejante conducta, pero permítaseme preguntar: ¿fueron, por ventura las ideas vertidas en aquellas cartas las que llevaron la intervención á México, las que sentaron en el trono á Maximiliano? ¿Cómo se explica mi supuesta participación en tales actos, en contraste con el procedimiento de la autoridad francesa, que me lanzó de Veracruz, y esto después de haber firmado, por un acto de coacción, el conocimiento de los hechos consumados? ¿En qué documento, oficial ó privado de aquellos días, sonó mi nombre como cómplice de la intervención? ¿Qué favores he merecido del Archiduque? Con su silencio dió plena aprobación á la violencia que se usó contra mi persona.

Confiesen mis adversarios que han errado el gol-

pe y que el argumento de las cartas carece de la fuerza que se le atribuye.

Y por otra parte, ¿con qué justicia se pretende hacerme el solo responsable de una idea que, además de los ejemplos ya citados, ocupó también las meditaciones de otros hombres pensadores y patriotas, que, al errar, no lo hicieron adrede, sino de buena fe?

Bolívar, que rechazó indignado el pensamiento de San Martín, abogó más tarde por el plan de la República que se llamó *Boliviano*, calificado de monárquico por numerosos liberales; y sin embargo, tres ó cuatro años después, muchos colombianos eminentes dieron pasos para el establecimiento de una monarquía constitucional en la América del Sur, y agitaron diplomáticamente la cuestión, con la mira de hacer regir los nuevos Estados por príncipes europeos.

El libertador Iturbide, en México, fué menos desinteresado, al sacar ventajas en provecho propio, de los sentimientos que dictaron el *Plan de Iguala*. Este error le costó la vida; pero no tardaron sus conciudadanos en reconocer, sobre la tumba del caudillo, los grandes servicios que le debía la Nación, y cuánto de patriótico y de generoso hubo en sus imaginaciones imperiales.

Señalo estos hechos como los más culminantes que registran los anales hispano-americanos, y lo hago para preguntar hoy: ¿no he podido yo también errar honradamente, como tantos hombres de buenos principios y de capacidad reconocida? ¿Qué

tiene de criminal ni de imperdonable, el que yo, como tantos otros, haya alguna vez desesperado de nuestra República, y aceptado el ensayo de una monarquía constitucional, establecida sin mi cooperación, y cuyo cetro no debía regir yo?

Una venda cubría los ojos de nuestro pueblo, y una venda también los míos; juntos hemos padecido, y común es hoy á entrambos el escarmiento y la experiencia. No soy egoísta y quiero tomar parte en la reparación.

¿Qué mexicano, sin provocar el ceño de la Historia, pudiera rechazar mis servicios, negarme el derecho de lidiar y de morir, si necesario fuese, en defensa de vuestros hogares desolados? Si queremos fundar una paz sólida y verdadera ¿con qué razón, con qué justicia volver la espalda á un antiguo soldado de la Nación, que sólo pide á sus compatriotas un palmo de tierra donde combatir contra los usurpadores de nuestros derechos? ¿Y quién estaría revestido de suficiente autoridad para decirme: ¡atrás! tú eres mexicano, pero no te es permitido desenvainar la espada, como otras veces, en defensa del país que te vió nacer, de la República que tú mismo fundaste? ¿En nombre de qué principio, conservador ó liberal, pudiera sostenerse tamaña injusticia, error tamaño? En los grandes conflictos de la patria no hay elemento inútil, por insignificante que parezca, siempre que pueda usarse en beneficio de la Nación.

Añadiré, además, que reconozco, en vista de los hechos que dejo apuntados y de los sucesos que

se han cumplido en nuestra América durante los últimos cinco años, que la tendencia más general de nuestros pueblos es á la República, y que la monarquía es imposible entre nosotros. El trono en la América española es el precursor del cadalso.

No es la grito de los partidos fallo irrecusable en el proceso de los actores contemporáneos; la última palabra pertenece á la Historia: ella me hará justicia.

Unión, compatriotas míos; releguemos al más profundo olvido esas recriminaciones, que sólo refluuyen en daño de la patria.

He dado la explicación de mi conducta pública: de igual manera estoy dispuesto á dar todas las prendas que se me exijan como garantía de mi sinceridad.

No olvidéis que las querellas domésticas, cuando el suelo de la patria es profanado por un invasor extranjero, son una deserción frente al enemigo; y que si no existen *ordenanzas militares* para castigarlas, ahí está la posteridad, inflexible y vengadora, que sólo tiene coronas para la abnegación, el patriotismo y la grandeza verdadera del alma.

Juárez es un buen patriota y Ortega un digno hijo de México. ¿Por qué están desunidos? ¿Por qué aumentan así las aficciones de sus conciudadanos? Espero verlos amigos.

No me toca decir quién tenga derecho á la presidencia, ni de qué lado esté la legitimidad: mi objeto se reduce á vengar la afrenta de la patria,

arrojando fuera de su seno á sus implacables opresores.

Cesen todas las disensiones entre los patriotas, y guárdense todos los odios para la dominación extranjera, que nos llena de oprobio y de ignominia. Juárez y Ortega deben terminar sus resentimientos con un abrazo.

Larga y esforzadamente han luchado en México los defensores de la República; y sin embargo de tanto heroísmo, de tanta constancia, de sacrificio tanto, hállase todavía la obra como se hallaba al comenzar.

Por mis precedentes, por mi posición en el partido que se llamaba conservador y aún por mi larga ausencia del país, creo que soy el llamado á reconciliar los ánimos, dando el ejemplo de la sumisión al Gobierno constitucional, como sinceramente lo hago. Así lleno un deber patriótico, obedezco á los impulsos de mi corazón y satisfago los deseos de centenares de mexicanos que me han llamado.

No me sorprenderá que se interprete mal mi conducta y que se me atribuyan mezquinas intenciones, inspiradas por el egoísmo; yo lo espero: á todo estoy preparado. Sentiré, no obstante, por mi país, el espectáculo que ofrezcan algunos de mis conciudadanos, rechazando el asociárseme en estos momentos tan llenos de solemnidad para nuestra patria; temeré que nuestra experiencia y escarmiento hayan sido estériles para producir la unión. Los que á ella se opongan, habrán dado una elo-

cuente explicación de nuestras desgracias; pero sepan que no abandonaré cobardemente la causa de la República.

Si mis esperanzas fueren burladas por acontecimientos inesperados, ó por influjo de las malas pasiones, habré cumplido siempre con mi deber, y el mundo juzgará si otros lo llenaron mejor.

Siento joven el corazón y fuerte el brazo para lanzarme á la gloriosa lid, que ha de dar por resultado la segunda independencia mexicana. Comprendo qué es lo que corresponde á mis precedentes, á mi posición, á mis años, á la gloria que anhelo para mi nombre, cuando yo haya desaparecido de la escena; y no quiero renunciar á la única ambición que hoy me seduce y me domina: arrojar más allá de los mares á nuestros opresores; establecer la República y retirarme al hogar doméstico. Ningún trono de la tierra más brillante para mí, que ese retiro: protesto solemnemente que el día de la victoria no pediré otra recompensa.

Marchemos á recoger las banderas de la patria, despedazadas por la mano de la usurpación, y á sentar sobre su pedestal sagrado la estatua de la libertad, derribada por el martillo de la conquista.

No demos tregua al tirano que nos oprime. El ha cambiado nuestras dilatadas llanuras en un desierto espantoso, donde blanquean las osamentas de nuestros hermanos, inmolados en las aras del deber ó víctimas de los sicarios imperiales; él dilapida las rentas de la Nación y contrae desmedidos compromisos monetarios con el extranjero, cre-

yendo fácil hacerlos pesar sobre los hombros de nuestro martirizado pueblo. El príncipe austriaco ha tendido un crespón de luto sobre la gloria de nuestros anales; y en vez de las prosperidades que prometía, nos ha colmado de infortunios, nos ha cubierto de baldón y vilipendio.

Millares de viudas y de huérfanos gritan ¡venganza! ¡venganza, compatriotas! ¡Unión y fraternidad para alcanzarla!

Ya es tiempo, mexicanos, de olvidar para siempre nuestras pasadas contiendas y de hacer un esfuerzo poderoso, terrible y simultáneo contra el enemigo común. Después de las tremendas cargas de nuestros soldados indomables, vendrán las dianas de la libertad, el júbilo de las madres, el alborozo de la patria. No quiera el Cielo turbar ese contento que adivino, con nuevas disensiones fratricidas. Unión será mi palabra antes del combate; unión, después de la victoria.

Sólo Dios es infalible, y sería monstruosa presunción de mi parte juzgarme exento de error en mi larga carrera pública; pero, lo digo con la mano sobre el corazón: jamás la voluntad ha sido cómplice de mis faltas, sino la impotencia del hombre para hacer el bien absoluto.

Creed en la sinceridad de mis palabras y de mis intenciones: yo no puedo, no debo, no quiero cerrar el libro de mi vida con una mentira; busco para mi tumba un laurel nuevo que la cubra con apacible sombra.



Apresuremos la hora del triunfo nacional; confiad en mis palabras y estad prontos.

¡Abajo el Imperio! ¡Viva la República!

*A. L. de Santa Anna.*

Elizabethport, junio 5 de 1866.

## LXI

SR. CORONEL D. FRANCISCO DE P. MORA.  
MEXICO.

NEW YORK, JULIO 23 DE 1866.

Mi estimado amigo:

Su favorecida, fecha 4 del presente, fué puesta en mis manos por D. José Rascón, que ha hablado conmigo detenidamente. Este sujeto es bastante recomendable por su trato y por su manera de discurrir; de manera que con la recomendación de U. le presté toda mi atención.

Con notable sorpresa veo que U. no había recibido mis letras que le he dirigido de esta ciudad en 15 de mayo y 12 de junio. Esto es sorprendente y sensible á la vez. En la del 2 del que cursa, le incluí mi último manifiesto de 5 de junio, escrito y publicado en esta ciudad. No hay duda que aquellas cartas han sido interceptadas; pues ha habido tiempo para que U. las hubiese recibido. Para evitar en lo sucesivo un nuevo trastorno, redoblaré mis cuidados, á fin de que nuestra correspondencia no sea interrumpida.

Con fecha 16 del presente he vuelto á escribirle por el mismo conducto que recibí las cartas de U., y á nuestro amigo el Sr. Mosso. Esta sigue favorecida por la misma casa, y le adjunto otro ejemplar del manifiesto, por si el otro no lo hubiese recibido.

Continúo mis tareas en ésta, y parece que lograré mis fines patrióticos.

Sabe U. cuanto lo estima su afmo. servidor y amigo, que le desea felicidades y B. S. M.

*A. L. de Sta. Anna (rúbrica).*

## LXII

MIRAMAR 3 DE SEPTIEMBRE DE 1866. <sup>1</sup>

Señor Uruga,

Acabo de recibir su carta y le agradezco todo lo que contiene, de adhesión para mí. Como lo dice V. la conyuntura es difícil no veo salvación que en la unión de los Mexicanos para con nosotros que somos su única esperanza porque todo lo demás no es verdad, detras hay los E. E. U. U. en un término mas ó menos largo. No puedo con-

<sup>1</sup> Por estar escrita toda esta carta de puño y letra de la Archiduchesa Carlota, hemos conservado fielmente la ortografía del autógrafo. El sobre de dicha carta dice así:

N. 67,

Señor General D. José Lopez Uruga.

Ayudante general del Emperador.

México.

cebir que México no tenga los elementos que necesite el Gobierno y creo que excitando á todos á tener fe y entusiasmo se lograria todavía contener el torrente. Mi opinion es que á todos los partidos importa la conservacion del Imperio y que á no apoyarla el liberal faltaria á su mision porque mas libertad no la dará nadie. El patriotismo del Emperador está conocido mas no puede hacer en pró del pais que estar pasando por tantos trabajos, que el pais pruebe que lo sostiene. Ya sabrá V. de mi viaje que fué muy feliz en la mar aunque largo y fastidioso como siempre. Encontré á la Europa á mi llegada en un estado singular la Rusia que se vuelve Alemania la Italia que se hace mas que nunca y el Austria deshaciendose. Estare quince dias en Paris luchando con la cabeza con el corazon y con todos los sentidos y tengo la satisfaccion de haber cumplido con mi deber respecto de nuestra patria. Despues vine acá atravesando la Italia donde hasta las camisas rojas me recibieron con un entusiasmo que no se ha visto para ningun soberano y aqui estoy pensando á Vds. y leyendo las cartas del paquete. Mi deseo de volver es tan grande como el suyo de verme. En Paris no pensaba mas que en todo lo mejor que tenemos allá y no me interesa para nada lo que pasa en este antiguo mundo al cual ya no pertenezco.

Salúde á su señora la cual espero quedará restablecida. La de Barrijo perdió á su madre y está muy triste. Duran á su señora dando luz un niño. Mucho he hablado de Yucatan con Peon de

Florenia, he visto á todos nuestros Ministros. Desearia darle noticias mas decisivas de aqui pero allá es donde les toca hacerlo todo porque en estas partes podrian mas no quieren. Quedese V: bueno y reciba la seguridad de mi aprecio.

*Carlota* (rúbrica).

## LXIII

Ministerio de Guerra  
Gabinete

MEXICO, MAYO 8 DE 1867.

En telegrama de esta tarde me dice el E. S. Lu-  
garteniente lo siguiente:

«Teniendo un asunto grande que tratar en junta de Ministros, hoy, á las siete de la noche, se servirá V. S. citar á todos los señores que forman el Gabinete, así como á S. E. el Presidente del Consejo de Estado, para que se hallen á dicha hora en el Santuario de los Angeles, avisándome á la vez que cada uno de estos señores quedan de enterado.»

Y me honro de trasladarlo á V. S. para los fines que se indican, suplicándole se sirva avisarme de enterado, para dar cuenta á S. E., y que si lo tiene á bien se sirva ocurrir á las 6 y media á los Terceros, donde estará la escolta.

El Subsecretario de Guerra,

*T. Murphy* (rúbrica).

SEÑOR SUBSECRETARIO DE INSTRUCCION PUBLICA Y CULTOS.